

Jessica
Cunsolo

With Me

AMELIA

JESSICA CUNSOLO

WITH ME. AMELIA

Traducción de María José Díez Pérez

Título original: *She's with Me*

© Jessica Cunsolo, 2016

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 63: © *Call Me Maybe*, 2012 School Boy/Interscope Records, interpretada por Carly Rae Jepsen

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19669-3

Depósito legal: B. 22.682-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Siempre he padecido este trastorno espantoso, que me coloca en una posición de desventaja. Se llama *falta de orientación*. Me lo he diagnosticado yo misma, desde luego, y estoy casi segura de que existe, así que no es culpa mía que me esté costando orientarme en este laberinto conocido como instituto King City.

Me dieron un plano, claro, pero empezar en un instituto a mediados del primer semestre ya es bastante duro. No quiero llamar aún más la atención plantándome un plano del lugar delante de la cara. Sería como anunciar a los cuatro vientos: «¡Soy nueva, comedme viva!», y tenía pensado pasar el último año sin llamar demasiado la atención. De todas formas, tampoco sabría leer el plano; como ya he dicho, la orientación no es lo mío.

Suena el timbre y los alumnos, que son como animales, empiezan a separarse de sus respectivos grupos y taquillas para ir a sus clases.

Mierda, voy a llegar tarde y sigo sin saber dónde tengo la primera clase.

Vuelvo a sacar el horario y leo mi nombre, impreso en la parte superior: «Amelia Collins». Esta vez he podido

elegir un nombre chulo, pero aun así tardaré algún tiempo en acostumbrarme a él.

Releo el número del aula, que ya he memorizado, como si leerlo de nuevo pudiera transportarme por arte de magia a ella.

Echo un vistazo a mi nuevo móvil y lanzo un suspiro de exasperación cuando me doy cuenta de que sólo tengo dos minutos para encontrar la clase si no quiero llegar tarde. Dudo si sacar o no el plano, pero en los pasillos aún hay bastantes chicos.

—A la mierda —murmuro, y enfilo el pasillo a buen paso, al tuntún, mientras busco el plano en mi bandolera, que, por cierto, es superchula; tengo que decir que odio llegar tarde.

La verdad es que no tengo ni idea de adónde voy, aunque reparo en que viene hacia mí un grupo de gigantescos árboles andantes que se consideran adolescentes. Hablan animadamente y van por los pasillos como si fueran los dueños del instituto entero.

Me aseguro de hacerme a un lado, pero no aflojo el ritmo: no puedo llegar tarde. Cuando noto que los dedos rozan lo que parece el plano, bajo la vista al bolso, que llevo abierto del todo. Justo cuando estoy a punto de sacar el plano, choco contra un muro de ladrillo macizo. El bolso va a parar al suelo, todo lo que hay dentro se sale y a mí me falta poco para caerme de culo.

Lanzo una mirada asesina a la inocente pared de ladrillo rojo que sobresale un tanto en el pasillo mientras me llevo la mano a las costillas, que me fastidié no hace mucho y ahora me duelen del golpe.

Mierda de pared. ¿Quién habrá diseñado una pared para que sobresalga así?

El hecho de que odie llegar tarde se impone a la necesidad de echar una ojeada para ver cuántas personas se están riendo de lo idiota que he sido. Me agacho a toda prisa a coger mis cosas y, sin tan siquiera meterlas en el bolso, doy media vuelta.

Ni siquiera dos segundos después de volverme, la historia se repite cuando, de manera bochornosa, choco de nuevo contra algo duro, aunque sin duda humano, a juzgar por las bonitas maldiciones que suelta. Se me vuelven a caer las cosas al suelo y siento que el dolor de costillas aumenta.

Genial. Mejor imposible, vamos.

—¡Joder! ¿Estás ciega o qué? ¿Es que no me has visto? —gruñe una voz.

Levanto la cabeza y me topo con los inquietos ojos grises del tío más alucinante que he tenido el placer de ver en mi vida. Forma parte del grupo de árboles andantes de antes, alto, de espalda ancha y con una mirada ceñuda.

No me gusta su actitud, la verdad; la culpa es tanto mía como suya, o incluso más suya, ya que no entiendo por qué esos rascacielos tienen que ir por el pasillo en una línea horizontal, pero no quiero llamar la atención de ninguna manera.

—Lo siento mucho —me disculpo cuando nos agachamos para coger nuestras cosas.

—En serio, ¿es que tu cerebro no puede comunicarse con tus piernas para decirte por dónde puedes ir y por dónde no? Por si no te has dado cuenta, tenías a una persona delante, y para una persona normal eso significa que tiene que apartarse —replica mientras se levanta con su carpeta.

A nuestro alrededor se empieza a formar un grupito de gente, a todas luces interesada en ver a la pobre chica que ha sido lo bastante estúpida para provocar la ira de ese payaso intolerante.

Me dan ganas de poner en su sitio a ese tío. ¿Quién se cree que es para hablarme como si no fuera mejor que el chicle que se ha quitado de los zapatos?

Piensa primero, Amelia, no digas ninguna estupidez. Se supone que tienes que mantener la cabeza gacha y acabar el año pasando inadvertida.

Creo que jugaré la baza de «perdona, es que soy nueva, ten piedad de mí y déjame en paz». Me da que es la forma más fácil de que el tío se aburra y se olvide de mí.

—Lo siento, soy nueva y la verdad es que ni sé adónde voy —respondo cuando me levanto con mis cosas y me aparto de la cara mi pelo rubio rojizo—. No sabrás dónde está el aula trescientos cuarenta y uno, ¿no?

Sé que no debería haber añadido lo último, pero, como ya he dicho, odio llegar tarde, y aunque no me guste una mierda la personalidad de este tío, como que tenía ganas de verle esa cara espectacular un segundo más antes de marcharme.

—Eres nueva, no ciega, así que no inventes excusas para disimular que eres idiota. Quítate de mi vista antes de que me ponga desagradable —suelta, y se pasa una mano por el pelo rubio.

¿Esto es ser agradable? Lo retiro. No quiero escuchar ni ver a este capullo ni un segundo más. Observo las expresiones confusas de los otros árboles andantes y el grupo cada vez mayor de gente y soy consciente de que estoy haciendo justo lo contrario de ser discreta.

Como no quiero seguir haciéndome notar, reprimo mi rabia y decido continuar mi camino sin dignarme mirarlo.

—Vaya, si parece que tiene alguna idea buena en ese cerebro de mosquito —oigo que les dice a los musculosos postes telefónicos con brazos.

Mis músculos se tensan y me quedo en el sitio, de espaldas a él. Lo que de verdad me cabrea es que no me está tocando las narices para divertirse o para el público. Parece que le aburre la situación —como si esto fuera algo que hace todo el tiempo—, como si ser un payaso formase parte de sus genes.

Incapaz de contenerme, me vuelvo despacio y me acerco a él, mirándolo a los ojos grises y entrecerrando los míos, de color avellana.

—Creo que tiene el cerebro completamente frito —dice a sus amigos.

Se agacha para ponerse a mi altura, a mis 1,68 centímetros (gracias a mis increíbles cuñas de color tabaco de 3 centímetros de tacón), y me mira a los ojos, hablándome como si le hablara a un mono discapacitado.

—¿Quieres que te dibuje un plano para que te pires de una puta vez? —pregunta despacio, recalcando la palabra «puta».

—No, gracias —contesto sin alterarme, con tranquilidad—. Pero te puedo dibujar yo uno para que cuando te mande a la mierda sepas con exactitud adónde ir.

Oigo literalmente que todos los que están en el ahora abarrotado pasillo cogen aire de modo audible y contienen la respiración mientras asimilan lo que acabo de decirle al payaso ese. A juzgar por la cara de pasmados que ponen el capullo rubio y sus amigos, me da que nadie le ha dicho algo tan osado en su vida.

Se acerca mucho a mi cara y refunfuña:

—Escúchame bien, pedazo de...

—No, escúchame tú, capullo —lo corto con toda la calma del mundo—. En primer lugar, quítate de mi vista, el aliento te apesta de toda la mierda que escupes. —Lo aparto para que deje de invadir mi espacio personal—. La polla forma parte de tu cuerpo, no de tu personalidad, así que te sugiero que te saques la cabeza del culo para que te des cuenta de que no eres la única persona del puñetero instituto. Quizá si tú y tus rascacielos andantes no fueseis por el pasillo en línea recta, avasallando, la gente no tendría que hacerse a un lado para evitar ser arrollada. Lo siento si alguien se te ha meado en los Corn Flakes esta mañana, pero haznos el favor a todos de dejar tus problemas en la puerta. Hacer algo que te guste o ir a terapia de grupo podría ayudarte con tus problemas sociales. Así que gracias por darme la bienvenida con tanta amabilidad a tu instituto, pero ahora me gustaría ir a clase.

En el pasillo no se oye ni un ruido mientras todos procesan lo que acabo de decir. El rubito parece estupefacto. Sí, se confirma oficialmente que soy la única persona que le ha plantado cara a este capullo.

Miro a sus amigos cuando oigo sus risas, una especie de grito ahogado, como para coger aire. Me doy cuenta de que todas esas montañas son igual de espectaculares que el capullo número 1 justo cuando suena el segundo timbre. Genial, llego tarde a clase.

Segura de haber sido bien clara y de haber puesto en su sitio a ese imbécil, giro sobre mis talones, permitiéndome darle con el pelo en el hombro, y camino entre una multitud que se abre como las aguas del mar Rojo para que pase, dejando al imbécil echando humo.

—Joder, Aiden, lo que te ha dicho ha sido de traca —oigo que dice uno de sus amigos macizos entre carcajadas.

Así que el capullo se llama Aiden. Es una pena, la verdad, un nombre y una cara tan bonitos echados a perder en una personalidad tan fea.

Mientras camino entre el grupo de gente, veo que muchos alumnos sonríen, intentando no reírse abiertamente, o me hacen una señal de aprobación con la cabeza. Es como si acabara de hacerle un favor al instituto entero al decirle a Aiden sin mucha sutileza que le den.

Adiós a pasar inadvertida, tengo la sensación de que después de esto todo el mundo tendrá algo que decir de mí. Bueno, por lo menos voy mona, con mi falda y mis tacones.

Al darse cuenta de que el espectáculo ha terminado, el grupo empieza a dispersarse, y mientras enfilo el pasillo y doblo la esquina soy consciente de que sigo sin saber adónde coño estoy yendo.